

y López por el lado liberal, los Narváez, Serranos y Conchas por el opuesto, el mismo O'Donnell, que supo hallar un pasajero equilibrio, con un pie en cada lado, y otros que no es necesario nombrar, más que laureles merecen maldiciones, porque nada grande fundaron, ningún antiguo mal destruyeron. Entre todos hicieron de la vida política una ocupación profesional y socorrida, entorpeciendo y aprisionando el vivir elemental de la Nación, trabajo, libertad, inteligencia, tendidas de un confin á otro las mallas del favoritismo, para que ningún latido de actividad se les escapase. Captaron en su tela de araña la generación propia y las venideras, y corrompieron todo un reinado, desconceptuando personas y desacreditando principios; y las aguas donde todos debíamos beber las revolviaron y enturbiaron, dejándolas tan sucias que ya tienen para un rato las generaciones que se esfuerzan en aclararlas.

VI

Observó en Madrid el buen Milagro mudanzas y novedades: derribos de casas, edificaciones hermosas, modas y costumbres de impor-

tación reciente, y á María Luisa la encontró muy flaca y desmedrada, á Rafaela repuesta de sus destemplanzas con la dichosa viudez y el más dichoso casamiento, á los chicos muy despiertos, adornados de relumbrones de ciencia y de pedantesca verbosidad ostentosa que en el trato escolar iban adquiriendo. Mayor sorpresa que él con estas hechuras del infalible progreso, tuvieron sus hijas viéndole venir de la insula sin una mota ni nada que se le pareciese; tampoco traía regalos, que con la visita al Regente, tuvo que dejarse allá las ollas de arroyo y dos cajitas de bizcochos de Almagro. Creían las chicas que su padre no volvería del gobierno sin una carga de dinero, producto de su honesto ahorro y de las obviaciones propias del cargo, y les supo mal verle venir á lo náutico que á duras penas salva la vida y lo puesto. Ciertamente se condolió más de esta desventura María Luisa, por ser pobre, que su hermana Rafaela, la cual, enriquecida por un buen matrimonio, no necesitaba para nada del socorro paterno, y así, mientras la señora de Cavallieri, al notar la vaciedad de bolsa de su señor padre, dejó traslucir su enojo, trocando su afectuoso júbilo en frialdad cercana al menosprecio, la otra, por el contrario, sintió redoblada su piedad (pues era, según dicen, aun-

que disoluta, mujer de buen corazón), y quiso darle la mejor prueba de su filial cariño, brindándole hospedaje y asistencia por todo el tiempo que quisiera, esto es, hasta que volviese el Duque con la contra-regeneración. Muy buena cara puso *Don Frenético* al oír las ofertas de su esposa, y accediendo á todo, como marido enamorado que en los ojos de ella se miraba, repitió y extremó la cariñosa protección, con lo que D. José, vencido del agradecimiento y de la ternura, bendijo á la Providencia, después á sus hijos, y se limpió las lágrimas que en tan patética escena brotaron de sus ojos.

Visitado de sus numerosos amigos, frecuentando desde el día de su llegada cafés, círculos y tertulias, entró de lleno en el mar de las conversaciones políticas, sin que ni por casualidad saliese de sus labios palabra sobre otro asunto; que así son los que adquieren ese vicio nefando. Los atacados de él, que eran casi todos los habitantes de las ciudades populosas, no se entretenían tan sólo en discutir y comentar los problemas graves de la cosa pública, sino que principalmente cebaban su apetito en la baja cuestión de personal, caídas y elevaciones de funcionarios, y en otros mil enredos, chismes y menudencias. Componían el Gobier-

no llamado *Provisional* las mismas figuras, con corta diferencia, del *Gabinete de Mayo*, en las postrimerías de la Regencia. Lo presidía el mismo D. Joaquín María López, que con su oratoria musical fué uno de los que más contribuyeron al desastre pasado; á Guerra y á Gobernación habían vuelto Serrano y Caballero, y gobernaba el Tesoro público el Sr. Ayllón. Aunque todos procedían de la vieja capa progresista, el alma del Gabinete era Narváez, á quien nombraron Capitán General de Madrid. Narváez mangoneaba en lo pequeño como en lo grande, y de su secretaría y tertulia salían las notas para el terrorífico desmoche de empleados.

El angustioso lamentar de los cesantes que iban cayendo, y el bramido triunfal de los nuevos funcionarios que al comedero subían, formaban el coro en las vanas tertulias de los cafés. Otros parroquianos puntuales de aquellas mesas, satisfechos de permanecer en sus destinos, declaraban á boca llena que la última revolución, hecha con tanta limpieza de manos, derramando tan sólo algunas gotitas de sangre, era la admiración del mundo entero. El Ejército estaba contentísimo por la prodigalidad con que se había premiado su patriótico alzamiento, repartiendo sin tasa empleos, gra-

dos, honores y cruces; el pueblo bailaba de gusto, viendo á todos reconciliados sin más mira que el bien común, y confiado en que se rebajarían las contribuciones; la Iglesia también se daba la enhorabuena, porque se reanudarían pronto las buenas relaciones con el Papa y se pondría coto al ateísmo y á la impiedad; y en fin, general era el contento, porque bien á la vista estaba que entrábamos en una era de bienandanza, paz y trabajo...

Todo esto lo rebatía con múltiples razones y ejemplos D. José del Milagro, sosteniendo que la era en que estábamos era una era erial, es decir, sin trigo, porque todo el grano de ella era para los gorriones moderados. No nos alababa la Europa: lo que hacía era reirse de nosotros y de la suma necedad de los liberales. En cuanto al Ejército, justo sería pedirle que pusiera las cosas en el estado que tenían antes de los escándalos de Julio, pues bien iban comprendiendo los mismos militares que habían sido instrumento de *la más odiosa de las traiciones y de la más vil de las sorpresas*, expulsando al libertador de España, para traernos á media docena de generales bonitos y feos, que no eran más que servidores de Cristina y de los Muñoces. La conducta de los progresistas que habían concertado la coalición cayendo como

bobos en la trampa moderada, juzgábala el ex-gobernador de la insula manchega en los términos más crueles y despreciativos. Con un símil ingenioso representaba el proceder de López, Olózaga, Serrano y Caballero: habían sujetado por brazos y piernas á la Libertad para que los Narváez y Conchas se hartaran de darle de puñaladas... ¡Y luego seguían tan frescos, gobernando al país y hablándonos de voluntad nacional y de reconciliación!

En su propia casa, ó sea la de Rafaela, no cesaba el cotorreo de Milagro, porque allá concurrían diferentes personas, como él entregadas al feo vicio de la embriaguez política. Moderados eran algunos y moderado el dueño de la casa, antaño conocido por *Don Frenético*, hombre fino, tolerante, que siempre ponía la cortesía y la amistad sobre las ideas; progresistas eran otros, de los poquitos que cultivaban con esmero las formas sociales, y por esto las discusiones que á cada instante se empeñaban no eran desagradables ni groseras. Entre los asiduos descollaba D. Mariano Centurión, gentilhomme de Palacio en tiempo de la tutoría de Argüelles. Aún sufría dolores agudos en la parte posterior de su individuo, efecto de la violentísima puntera con que le arrojaron del Real servicio á los pocos días de la caída de su

protector el Serenísimo Regente, y el hombre se llevaba sin cesar la mano, idealmente, á la parte lastimada, discurriendo á qué faldones se agarraría para enderezar de nuevo su persona y procurarse un medio decoroso de vivir. Grande amistad se trabó entre Centurión y Milagro, llegando á la más feliz armonía por la conformidad de sus juicios acerca del presente y por su incondicional adhesión al caído Espartero. Algo dijo el cortesano cesante al cesante gobernador que le obligó á modificar su esperanza en el liberalismo de la Reina. Ciertamente, Isabel era buena, cordial, afabilísima, generosa hasta la disipación, muy amante de su patria, con la cual quería candorosamente identificarse; pero por muchas cualidades nativas que en ella existiesen, imposible parecía que la pobre niña, en tan corta edad y sin adecuada educación seria y verdaderamente Real, se sujetase á la red con que el moderantismo había cuidado de aprisionar todos y cada uno de los miembros de su juvenil voluntad. «Mire usted, querido Milagro—decía D. Mariano platicando á solas con su amigo,—desde el punto y hora en que fuimos arrojados de Palacio ignominiosamente D. Agustín Argüelles y yo, Quintana y yo, D. Martín de los Heros y yo, la Condesa de Mina y yo, y tras de

no sotros bajaron de cinco en cinco peldaños las escaleras, con una mano atrás, los poquitos liberales que allí servían, la mansión de nuestros Reyes quedó convertida en el nidal de la teocracia cangrejil. Ni allí ha quedado persona de ideas *libres*, ni volverá á traspasar aquellos umbrales ningún individuo de nuestra comunión. Sin hacer ningún caso del bendito López, que es un angelical marmolillo sonoro, ni de Olózaga, que mira por sí y sus adelantos antes que por el partido, han perjeñado totalmente la servidumbre de Palacio con los elementos *muñociles*, con los adulones de la Santa Cruz y del Duque de Bailén, con los paniaguados de Narváez, con gentezuela obscura de abolengo absolutista, hechura de los Burgos, Garellys, y aun del propio Calomarde. Han metido á la pobrecita Reina dentro de una redoma en que no puede respirar más que miasmas de retroceso. Nosotros, mirando por el partido y por nuestras posiciones legítimamente ganadas, quisimos imbuir en la Isabel los buenos principios, enseñándole el sistema que tan excelentes frutos da en Inglaterra; pero no nos dejaban los muy perros: noche y día rodeaban á las niñas pasmarotes del bando cristiano, vigilándolas sin cesar, dándoles lecciones de despotismo, enseñándoles el desprecio del

Progreso, y pintándonos á todos como gente sin educación, mal vestida, y que no sabe ponerse la corbata, ni comer con finura, ni andar entre personas elegantes. Por esto, ¡caracoles! ni Quintana con su gran saber, ni la Mina con su suavidad y agudeza, ni yo haciéndome el tonto para mejor colarme, pudimos llegar á donde queríamos. No cuente usted, pues, con que Palacio vuelva el rostro á la Libertad, que los moderados lo tienen todo bien guarnecido y amazotado de su influencia, y hasta los roncillos roen allí por cuenta de ese gitano de mi tierra, Narváez.»

VII

Quedóse de una pieza D. José, tardando algún tiempo en volver de su engaño, al cual quería dar explicación por su alejamiento sistemático de la atmósfera palatina. Jamás pisó las alfombras de *la casa grande*; á la Reina y Princesa no las había visto más que en la calle, cuando salían en carretela descubierta á recibir las ovaciones del pueblo. Eran las niñas símbolo precioso de la Libertad contra el Despotismo, y sus dulces nombres, decorados con

los epítetos más rimbombantes y poéticos, habían conducido á nuestros ejércitos á las heroicas campañas contra el obscurantismo y la barbarie. A pesar de todo lo dicho por Centurión, le costaba trabajo arrancar de su alma la fe en las angélicas criaturas; que nada es tan poderoso como el amaneramiento, nada perdura tanto como las fórmulas de popular entusiasmo unidas al orden de ideas petrificado en una generación. De los pensamientos graves que D. Mariano despertó en el ex-gobernador de la insula, se distrajo éste observando los latidos de la nueva revolución que en otoño se estaba preparando ya contra la que triunfara en estío. Fué que los progresistas de los pueblos iban cayendo en la cuenta de que, burlados con travesura y no sin gracia por los enemigos de la Libertad y de Espartero, habían consumado la criminal tontería de lanzar á éste del Reino, quedándose todos á merced de un vencedor insolente y amenazados de triste esclavitud. Al proponerse reparar su engaño, no comprendían los infelices que si susceptible de enmienda es un error, no lo es la necesidad. Sostenían en algunos pueblos las Juntas su autoridad bastarda, y Barcelona y otras ciudades grandes pedían que se reuniese una delegación de todas y cada una de las Juntas,

con el nombre de Central, para que acordase lo concerniente á Regencia nueva ó declaración de mayor edad de Isabel II. Con ésto sobrevino una turbación honda en las provincias, y descontento de los milicianos desarmados ya ó por desarmar; empezaron también á rezongar algunos cuerpos del ejército, y el Gobierno tuvo que desmentir su programa de reconciliaciones, concordias y abrazos, metiendo en la cárcel á infinidad de españoles que días antes fueron proclamados *buenos*, y ya se habían vuelto *malos* sólo por querer armar su revolucioncita correspondiente.

Siguiendo con ardiente interés y atención el rebullicio del Centralismo, creía Milagro que ya estaba armado el desquite, y que no tardaría en volver de Londres, traído en volandas por buenos y malos, el gran soldado y pacificador Baldomero I. Pero aquel amago de revolución, síntoma reciente de la diátesis nacional, pasó pronto, y la fiebre de los pueblos remitió sólo con que le administrara algunos chasquidos de su látigo *el guapo de Loja*. También el orador angélico D. Joaquín María López iba cayendo de su burro, mejor dicho, había caído ya, y suspiraba por volver á su casa; convencido al fin de que no le llamaba Dios por el camino de dirigir á un partido y de gobernar

á la Nación. Era hombre de intachable honradez, caballeroso, amante de su patria, en sus convicciones políticas noble y sincero, ambicioso de una gloria pura y desinteresada, mirando al bien general. Carecía de aptitudes para ese arte supremo del gobierno que requiere reflexión, tacto y el don singular de conocer á los hombres y entender los varios resortes de la malicia humana. Su oratoria de caja de música, y el ver todos los casos y cosas del gobierno con ojos sentimentales, fueron la causa de que no dejara tras sí ninguna idea fecunda, ninguna labor eficaz y duradera. Trajo á su patria, con funesto candor, el barullo y la destrucción del partido del *Progreso*. Pero si su figura, pasado el tiempo, pierde todo interés en la vida pública, en la vida privada es de las más bellas, dramáticas é interesantes. Mil veces más que la historia de D. Joaquín María López vale su novela, no la que escribió titulada *Elisa*, sino la suya propia, la que formaron los desórdenes, las debilidades y sufrimientos de su vida, y que remató una muerte por demás dolorosa. Vivió su alma soñadora en continuos aleteos tras un ideal á que jamás llegaba, y á continuas caídas de las nubes al fango; y si su bondad y abnegación en la vida pública le granjearon amigos, sobre sus flaque-

zas privadas arroja su manto más tupido la indulgencia humana.

Pues señor: el lento andar de la rueda histórica trajo lo que iba haciendo ya mucha falta: nuevas Cortes, representación fresca del país, que bien á las claras expresó su voluntad favorable á la juventud moderada. En las filas de ésta, risueña esperanza del país, descollaba González Brabo, que ya parecía sentar la cabeza y se abrazaba honradamente á la causa del orden, buscando el olvido de los pasatiempos demagógicos con que se abrió camino, y de las bromas pesadas que solía gastar con la excelsa Reina Doña Maria Cristina. De los demás que al lado de *Ibrahim Clarete* formaban un entusiasta batallón, muchachos de buenas familias, muy leídos y escribidos, se hablará en lugar oportuno... Lo más urgente ahora es decir que la elección de Presidente fué reñidísima, por no tener mayoría los moderados y presentarse divididos los progresistas. No habiendo reunido bastante número los dos candidatos Cortina y Cantero, echaron al redondel un tercer candidato, Olózaga, que con los votos de los aliados salió vencedor. Pronto se verá que la elección de Salustiano, la res más orava y voluntariosa del Progresismo, obedeció á la idea de dar á este muerte ignominiosa; se

verá con qué astuta brutalidad le asestaron la estocada maestra, que en un punto quitó de en medio al hombre y al partido.

No se les cobia el pan á las Cortes hasta no declarar la mayor edad de la Reina, y desde las primeras sesiones aplicáronse Senado y Congreso á este negocio, del cual fué primer trámite la proclamación que el *Protector*, Narváez de Loja, hizo en la Cámara de S. M. ante el Cuerpo diplomático, acto solemne al cual siguió otro en la Plaza Mayor, en que el propio D. Ramón María y el Brigadier Prim, ya Conde de Reus, celebraron con militar pompa y arrogancia la *inauguración provisional* del nuevo reinado... Ya de tal modo se le agotaba la mansedumbre al bendito López, y tan cargado le tenía su papel de *salvador del País y del Trono*, que se plantó resueltamente, y no hubo razones que le retuvieran un día más en el Gobierno. Como gato escaldado salió de la Presidencia, y su sucesor fué Olózaga. Todo iba pasando conforme al gusto y á las previsiones de narvaistas y palaciegos, á quienes no faltaba ya más que preparar al nuevo Ministro y *cuadrarle bien para que no marrase la estocada*.

Acontecimientos tan fútiles no merecen un lugar en la Historia más que á título de engranaje, y si en estas páginas figuran, no es

más que por preparar la relación de otros hechos realmente grandes, famosos y trascendentísimos, como el que á continuación se lee. Fué que una tarde, allá por el 28 de Noviembre, poco después de haber formado D. Salustiano su Ministerio, los amigos de Milagro, que tenían su tertulia política en uno de los principales cafés de la Corte, vieron entrar á D. Bruno Carrasco con el sombrero echado hacia atrás, pálido el rostro, fulgurante la mirada, señales todas de un grandísimo sobrecogimiento del ánimo. Antes de que el buen manchego satisficiera la curiosidad del noble concurso, comprendieron todos que de algún grave suceso se trataba, quizás cataclismo en las esferas, ó revolución que por igual ponía patas arriba á todas las naciones de Europa... Dejéronle tomar aliento, beber algunos buches de agua, y luego se supo, con general estupefacción, que D. Bruno traía en el bolsillo el nombramiento de Subdirector de Aduanas. Habíale llamado á su despacho aquella tarde el nuevo Ministro de Hacienda, el honradísimo, inteligente y chiquitín D. Manuel Cantero, y sin preámbulos le dijo que el Gobierno de Olózaga quería rodearse de todos los consecuentes liberales que desperdigados andaban por España, y reclutar *buenos españoles* donde quiera que se

encontrasen. Naturalmente, Cantero, que conocía los méritos de Carrasco y le apreciaba de veras, se acordó de él, y... Nada, nada, que era Subdirector de Aduanas, y ya estaba el hombre medio loco de pensar si aceptaría ó no el cargo, pues si de un lado le estimulaban á la renuncia su fidelidad y adhesión á Espartero, de otro pedíanle lo contrario sus ganas de ser útil al país, y de manifestar públicamente en el terreno administrativo su honradez y laboriosidad. El tumulto que armó la noticia no es fácil describirlo: quién felicitaba con terribles voces, golpeando la mesa con los daros vasos, y con botellas y cucharas; quién soltaba pullas, calificando á D. Bruno entre los vividores que saben nadar y guardar la ropa. Alguien sostuvo que D. Baldomero se pondría furioso cuando lo supiese, y otros opinaron que debía escribirse á Londres sin pérdida de tiempo, pidiendo consejo al Duque sobre lo que se había de hacer. No pudo Milagro disimular su contrariedad, que no llegaba á los tonos de la envidia. Inconsecuente sería Carrasco si aceptaba, á menos que no declarase el Gobierno que la situación era esencialmente progresista y anti-moderada, arrojando sin ningún escrúpulo el lastre cangreñil, y fusilando á Narváez, Serrano, Concha y Prim, por primera provi-

dencia... No menos de un cuarto de hora duró la parlamentaria confusión de la tertulia, en la que todos hablaban á un tiempo, mareando y enloqueciendo al pobre D. Bruno más de lo que estaba. La suerte suya fué que le obligó á marcharse el natural deseo de comunicar á su familia la feliz nueva. Salió de estampía, y en el cotarro siguieron zumbando los incansables moscardones, cesantes los unos y sin esperanzas, colocados otros y con el alma en un hilo por el temor de ser arrojados de sus comederos, pretendientes los demás, tenacísimos y fastidiosos, cualquiera que fuese la situación saliente y la entrante. Todos tenían hijos que mantener y ningún oficio con que ganar el pan, fuera de aquel remar continuo en las galeras políticas.

Á su casa corrió D. Bruno como una exhalación, y no encontró á nadie. Las señoritas habían ido de paseo con Rafaela, los chicos correteaban con sus amigos, después de clase, y Leandra, desmintiendo en aquellos días sus hurañas costumbres, buscaba fuera de casa el alivio de su honda nostalgia. Obligado á esperarla, y no teniendo á quién comunicar su alegría, se franqueó el señor con la Maritorres, dándole conocimiento del destino y anticipando la idea de que la familia debía mudarse

al centro de Madrid, pues no era cosa de que tuviera él que andar media legua todas las mañanas para ir al Ministerio; ni cómo había de llevarle la criada el almuerzo á tan larga distancia. Era costumbre y tono que los empleados almorzasen en la oficina, y que después pidieran el café al establecimiento más cercano. Luego fumaban un rato, leían el periódico y... En estos risueños pensamientos el hombre se adormecía, renegando de la tardanza de su digna esposa...

La cual entonces había contraído una dulce amistad, que era su pasatiempo más grato. Andando por paradores y tenduchos, tropezó con una paisana, del Tomelloso, propietaria de una colchonería en la calle del Angel, y hablando de la tierra, iban apareciendo mujeres, hombres y familias que habían tenido el honor de nacer en la felice Mancha. En el término de esta cadena de relaciones y conocimientos halló Doña Leandra á una pobre señora que había visto la luz en Aldea del Rey, lugar del propio Campo de Calatrava, con lo que resultaba un paisanaje más familiar, casi con honores de parentesco. Era la tal Doña María Torrubia, viuda de un tratante en ganado de cerda, y había pasado en poco tiempo de una holgada posición á la más humilde y lastimosa, pues vi-

vía de un humilde tráfico: vender torrados, altramuces y piñones para los chicos; para los grandes yesca, pedernales y pajuélas. Todo su comercio lo llevaba en dos cestas colgadas de uno y otro brazo, y con él se instalaba en la Fuentequilla ó en la Puerta de Toledo, en el puente los días de fiesta. En cuanto las dos mujeres se echaron recíprocamente la vista encima, reconoció cada cual en la otra el aire y habla de la tierra, y por cariñosa atracción instintiva se abrazaron, con lágrimas en los ojos. Rápidamente se dieron las informaciones precisas, nombres, linaje... y resultaron ¡ay! parientes, pues si Doña María era Quijada por su madre, Doña Leandra tenía sangre de Torrubbia por el segundo grado de la línea paterna. Enumeró Doña María todas las familias enlazadas con los Carrascos y los Quijadas, y á Doña Leandra no se le olvidó en la cuenta ninguno de los parientes y deudos de la Torrubbia ni de su difunto esposo, Mateo Montiel, á quien Bruno había tratado íntimamente. Dos horas emplearon en hacer el censo de población del Campo de Calatrava, no escapándoseles familia rica ni pobre. Daba cuenta Doña María de las casas y posesiones de los Quijadas en Peralvillo, enumerando las granjas, paneras, abrevaderos, palomares, corrales y hasta los pares de

mulas. ¡Ay! Doña Leandra veía el cielo abierto, y no habría parado en tres días de platicar de materia tan sabrosa.

Separáronse las improvisadas y ya cariñosas amigas con promesa formal de reunirse todas las tardes en el Campillo de Gilimón, donde la Torrubbia tenía su misero alojamiento, junto á la tienda de un pajaroero llamado Juan López, áe apodo *Sacris*, por haber sido en su mocedad lego, y después muy metido entre curas, hasta que adoptó la industria de cazar y vender pájaros. Las horas muertas se pasaban las dos mujeres, sentaditas en los grandes pedruzcos que forman poyo junto á las casas, ó en el pretil que cae sobre el vertedero. Allí tomaban gozosas el sol poniente hasta su último rayo, sin dar reposo á las lenguas, trayendo á una recordación entusiasta las cosas buenas de la tierra: las excelentes comidas, superiores á todo lo de Madrid; la hermosura del campo, lleno de luz, y la deliciosa sequedad, la tierra dura sin árboles; los ganados y las personas, indudablemente más honradas y verídicas que las de la Villa y Corte, donde todo era mentira y ladroneo. Jamás se agotaba el tema, y cuando la memoria de Doña Leandra flaqueaba, la de Doña María, por remontarse á tiempos más distantes, era más enérgica y vivaz en el des-

cubrimiento de las manchegas perfecciona.

Una tarde, después de ponderar la *fortaleza* y el rico sabor de las aguas de allá, dijo Doña Leandra: «Y habrá usted observado, como yo, que aquí el jabón no lava... Yo me restrego las manos hasta despellejarme, y nada... Este condenado jabón no limpia, y la ropa nos la traen las lavanderas con viso amarillo y sin la blancura que saca en nuestra tierra. ¡Vamos, que cuando me acuerdo del jabón que fabrica en Daimiel Norberto Casales...! que es primo mío, por más señas...

—Y sobrino segundo ó tercero de mi difunto... ¡Aquél es jabón... sí señora!

—¿Se acuerda? Blanco y rosadito como la nácar, con su veteado azul... Deja la ropa y las manos como si acabaran de nacer... ¿verdad?

—Verdad. Mas yo creo que aquí no se limpia una por mor de las aguas—dijo la Torrubia mostrando sus manos, que sin duda necesitaban la corriente del Jordán para descortezarse.—Sobre que da dolor de tripas, el agua de Madrid no tiene aquel líquido, ¿verdad?, aquel...»

En esto llegó corriendo la Maritornes para decir á Doña Leandra que el señor había llegado y la esperaba...

«Chica, me has asustado... ¿Qué... ocurre algo?

—Lo que hay es cosa de oficina, y de que tengo que llevarle el almuerzo—replicó la alcarreña.—Venga, señora, pronto, que el amo está contento... *Mus muamos...*»

Echóse á la cabeza Doña Leandra el pañuelo negro, que en el calor de las alabanzas del manchego jabón se le había caído, y toda medrosica y anhelante, barruntando nuevas tristezas, invocando á la Virgen Santísima y á los santos de su devoción, enderezó los pasos á su casa, donde D. Bruno, con solemne y conmovida palabra, le dió la noticia del feliz nombramiento.

VIII

A la siguiente tarde, ó mañana, que la hora no consta en los papeles coetáneos del suceso, fué Doña Leandra al encuentro de su amiga, con los espíritus muy abatidos. Rodeada de sombríos nubarrones, la tenaz idea nostálgica volteaba en su magín, como una rueda silenciosa, doliente... El empleo de Bruno, no sólo alejaba la ocasión de volver á la Mancha, sino que imponía la necesidad de abandonar aquel barrio,

el único de Madrid en que ella con mediano gusto se encontraba. Juntáronse las dos manchegas, y á sus pláticas dieron principio, arri-maditas al muro de las casas, para mejor gozar del sol; mas no habian pasado de los exordios, cuando el *pajarero*, dejando á un muchacho sirviente el cuidado de la limpieza de jaulas y el suministro de agua y cañamones, acercóse á ellas y con pavorosa ronquera les dijo: «Me *paiz* que no acabará el día sin tremolina. ¿No saben lo que pasa? Pues ahí es nada lo del ojo... La cosa más tremendisima que se ha visto en toda Europa y sus islas alicientes...

—¡Ay, Dios mío!—exclamó la Torrubia.—
¿Otra revolución? Mal año para el comercio.

—Mal año para todo—repitió Doña Leandra elevando los ojos al cielo.—Y diganme á mí que no están todos locos en esta tierra.

—La circunstancia de ahora—dijo *Sacris*, pasando de la ronquera al tono profético,—será la más funestisima que habéis visto, y correrá la preciosa sangre por las calles, mismamente como en el Matadero... Pues ello es que Olózaga... el que rezó la Salve en las Cortes, ahora le ha cantado el Credo á la Reina. Diz que en cuanto cogió el bastón de Ministro quiso volver á poner en pie de guerra á la Milicia Nacional, traernos otra vez al *Ayacucho* y desarmar todo

el ejército, lo que á la Reina no le hacía gracia... Llevó el decreto disoluto de quitar Cortes, y la Reina no quiso firmarlo. Furioso el hombre, *paiz* que cerró las puertas del camarín, y sacó una navaja, otros diz que puñal, de este tamaño, con perdón, y amenazó á la Reina con dejarla en el sitio si no firmaba; y no contento con tan tremendisima peripecia, echóle mano á la ropa, la obligó á sentarse en el Trono, y allí, amenazada la niña con el puñal apuntado á su tierno pecho, no tuvo más remedio que suministrar la firma... El hombre, una vez conseguida su incumbencia, tomó el portante; mas la Reina y todo el señorío de Palacio salieron dando chillidos tras él, y en la escalera le apresaron los excelentisimos alabarderos... Total, que ya está en capilla, y mañana le ahorcan... Pero andan los del Progreso muy alborotados, y dicen que no hay que colgar á Olózaga, sino á Narváez, que es el causante, pues... Los de tropa van por las calles pidiendo la exterminación de liberales, y se comprometen á estar fusilando desde por la mañana hasta la caída del sol, si la Reina lo quiere... y ved ahí el cataclismo que atravesamos...

—Pues siendo así—dijo Doña Leandra, echándose atrás el pañuelo que la sofocaba,—y si viene tan grande matanza, buen tonto

será quien teniendo pueblo tranquilo donde vivir, se quede en este infierno... Voime á mi casa, que Bruno habrá llegado con tan horrendas noticias, y determinará que esta tarde nos pongamos en salvo.

—Sí, hija: *didós* pronto—indicó la Torrubia, —y llevadme á mí, que como en el barrio me tienen por *liberala*, motivado á que dí muchos vivas en aquellas tardes del mes de Septiembre, cuando tiraron á la Cristina, puede que á mí quieran también colgarme... Aunque para mí sayo digo yo, con perdón del Sr. *Sacris*, que no será la cosa tan funestísima, ni habrá tantas horcas preparadas, pues desde el amanecer de Dios ando yo en esas calles, y no he oído nada. »

Llegaron en esto al grupo dos vecinos, uno de ellos zapatero y miliciano nacional, el otro matarife, muy señalado por su patriotismo, y dieron del suceso versión distinta de la de *Sacris*. Olózaga llevó á la firma de la Reina el decreto de disolución, y Su Majestad obsequió al Ministro con un cartucho de dulces, después de lo cual firmó sin dificultad. Lo que había era que los despóticos, viendo que Olózaga venía con las intenciones de un jarameño, le armaron esta fea zancadilla en Palacio, figurando que la Reina no firmó de su voluntad,

con lo que quitaban de en medio á todo el elemento libre.

En formidable disputa empeñáronse el zapatero y *Sacris*, esgrimiendo éste toda su dialéctica retrógrada y eclesiástica, el otro volviendo por los sagrados fueros de la Libertad y la Milicia, y á punto estaban ya de agarrarse, no ya de lenguas, sino de uñas, cuando Doña Leandra abandonó el grupo de contendientes (que á cada instante se engrosaba con vecinos de ambos sexos), y tiró hacia su casa, donde esperaba que Bruno le daría informes de toda exactitud, y que la familia determinaría por unanimidad ponerse en salvo. Llegó, en efecto, al hogar el buen Carrasco, poco después de su esposa, y á ésta y á sus hijas, que ya en la vecindad habían oído alguna vaga indicación del suceso, lo refirió y comentó con sentido, sin dar á entender que ofreciera peligro la residencia en Madrid. Doña Leandra afectó un terrible miedo; las chicas, no menos asustadas, agregaron que convenía mudarse pronto, antes hoy que mañana, porque no había más peligrosa vecindad que los barrios bajos en tiempo de revueltas. Calló la madre tragando saliva, y D. Bruno siguió diciendo que lo de Olózaga era castigo de Dios, porque tanto él como López y Caballero, las primeras figuras entre los *libres*,

se habían mancomunado con la gente tiránica para derribar al Regente, y ya pagaban su culpa, viéndose perseguidos y deshonrados de mala manera por los que se fingieron sus amigos con el único fin de quitarle á la Nación hasta los últimos ápices de libertad.

Por el momento, no podía el Sr. de Carrasco decir más, y al café se largaba, donde fácilmente se enteraría del curso de aquel negocio. Todos los cafés ardian en disputas. Se oían los juicios más razonables y las aseveraciones más absurdas y locas. La discreción y la demencia chisporroteaban juntas, y el humo de las vacías palabras asfixiaba á las muchedumbres que en lugar cerrado y en la calle, en cuerpos de guardia, en corredores palatinos, en ámbitos del Congreso, y en sacristías, camarines, plazuelas y portales, agitaban sus lenguas y secaban sus gargantas comentando el dramático asunto, y desentrañando sus oscuros móviles.

«Señores, señores — decía D. José del Milagro en su gallinero del café, esforzando horriblemente la voz, y dando golpes en la mesa para dominar el tumulto y abrir un hueco de silencio en que depositar su opinión. — Señores... oíganme por favor... En nombre de la patria, de la familia, del individuo, ¡ah! les ruego

que me oigan, porque si no me oyen reviento, como hay Dios... La única solución, la única solución que veo... lo digo con la mano puesta sobre mi conciencia... la única solución es que le traigamos otra vez... Si: en este horrible desconcierto, todos los ojos se volverán al fin al héroe desterrado, al ciudadano invicto que hemos perdido porque no le merecemos, al triunfador, al regenerador, al pacificador...

—Silencio, orden—gritaron varias bocas,— que Milagro está diciendo cosas muy buenas... ¡Silencio!

—Sí, amigos míos, compañeros míos, hermanos míos—prosiguió D. José imitando el estilo de López: —yo sostengo, yo aseguro, yo declaro que en la gravísima situación de la Patria, en el terrible conflicto de la Libertad, en este deplorable caos á que nos han traído los errores de unos y otros, no veo, no vislumbro, no puedo imaginar otro remedio ni otra salvación que la salvación y el remedio que he tenido el honor de exponer... Y la misma Reina, nuestra amadisima Soberana, que alguien quiere convertir en piedra de escándalo y en elemento, señores, en elemento de discordia y enredos... nuestra excelsa Soberana, hija de sien Reyes, será la primera que alargue sus bracitos amorosos hacia Londres, diciendo:

«Espartero, ven á salvarme, que sólo en tí y en la Virgen del Pilar veo lealtad y amor verdadero; ven á librarme de esta pillería que me rodea y quiere engañarme, unos para llevarme á la demagogia, otros para vestirme de la piel del despotismo... No, no mil veces, Espartero mío: yo no quiero ser despótica ni parecerlo. Liberal nací, y liberalmente me crié ¡ah! entre el estruendo de los himnos populares y del horrisono fuego de cañón con que los campeones del adelanto destruían los odiados alcázares del retroceso, representado por mi señor tío. Yo quiero ser popular y que el pueblo me adore, como yo le adoro á él.» Esto dirá nuestra divina Isabel, y el Pacificador oirá su voz suplicante, como la de los *buenos* que aún quedan aquí, y le veremos venir, tirándole de un brazo los progresistas y de otro los moderados de juicio, y empujándole los decentes de todos los partidos. Creedlo, señores y amigos: si la acusación se formula en las Cortes, si el gran barullo se arma entre olozaguistas y palaciegos, entre milicia y tropa, entre fraques y uniformes, llegará día en que la necesidad de conservar la vida inspire á todos la idea de volver los ojos al *hombre de Septiembre* en Madrid, al *hombre de Diciembre* en Luchana, al *hombre de Junio* en Peñacerrada, al *hombre de Mayo* en Guardami-

no; al *hombre*, en fin, de todos los meses del año en la patria historia... Deseemos, pues, que la confusión aumente, que vengan injurias de unos á otros, bofetadas y palos, y tras los palos, tiros, y tras los tiros el pronunciamiento decisivo del sentido común contra las tonterías y los crímenes... He dicho.»

Aunque no fueron pocos los que tomaron á risa la perorata del sesudo Milagro, escarneciéndola con aplauso burlesco, no dejó de producir su efecto en la mayoría del concurso, y algunos hubo que suspensos y meditabundos la oyeron. ¡Sería chistoso que acertara D. José y saliera para Londres una comisión de tircios y troyanos en busca del Duque para traerle á poner paz en este charco de ranas locas! Abundó Carrasco en las ideas de su amigo, añadiendo que él iría con mucho gusto á Londres para la traída del *hombre de todo el año*, y por de pronto lanzaría la idea para que fuese cuajando en los cerebros.

El llevar al Congreso la acusación y darle forma parlamentaria fué la más escandalosa pifia de los señores moderados ó palatinos: en vez de ahogar el escándalo en su origen, echando tierra sobre el error cometido, fuera obra de quien fuese, empeñáronse en desplegar ante el país toda la malicia y desparpajo de nues-

tros políticos, entregando la persona de la Reina á la voracidad de las disputas y al manoseo de las opiniones. ¡Bonito principio de reinado; bonito estreno de la Majestad, que representada en una candorosa niña, debió ser resguardada de toda impureza y puesta en un fanal, á donde no llegara el hálito de las ambiciones! Por esto ha podido decir Isabel II que desde su tierna edad le enseñaron el código de las *equivocaciones*. Pudo añadir también que en cuanto le quitaron los andadores, dejándola correr por las asperezas del gobierno con sus pasos propios, oyó sin cesar palabras rencorosas de unos españoles contra los otros, y sin quererlo aprendió de memoria el estribillo de que estos súbditos eran *buenos*, y *malos* los de más allá. Manos de bandidos la empujaban por estos caminos, dedos negros le señalaban otros no menos oscuros, y con pérfidas lecciones fomentaban en ella todos los defectos de su raza, dejándole el cuidado de conservar por sí misma algunas de sus virtudes. Si algo bueno tuvo no se lo debió á nadie: lo malo no es tan suyo como parece, porque poca defensa contra el mal tiene una pobre niña, gobernante de pueblos, criatura mimada y sin estudios, á quien le ponen de maestros los siete pecados capitales... y no le pusieron más de siete porque no los había.

IX

La gran función parlamentaria, la espantosa lidia de Olózaga, soberbia res de sentido, fué de las más interesantes del régimen: desde que hubo tribuna entre nosotros, no se había visto escandalera semejante; la emoción dramática superó á cuanto dan de sí las más ingeniosas obras del romanticismo. La *intriga* era soberana, el enredo superior, el diálogo vivo, á veces fulminante, las peripecias variadas y sorprendentes; á cada paso surgían escenas de pasmoso efecto. Una de las que más hondamente afectaron al público, apenas alzado el telón, fué ver entrar en escena, con su cartera debajo del brazo, algo inquieto y sobrecogido, al famoso *Ibrahim Clarete*, el desvergonzado libelista de *El Guirigay* y trompetero de motines, D. Luis González Brabo, joven lleno de gracias y de ambición, de simpatía y de cinismo, que desde el 40 acechando venía la coyuntura de un rápido encumbramiento, y al fin la encontraba. Meses antes enronquecía cantando las alabanzas de la Milicia Nacional; en Septiembre del 40 ensalzaba en Madrid á Espartero, en Julio